

Minae Mizumura
Yo, una novela

A.hache





Nota de la traductora

A Tomoko Aikawa, por ofrecerme con generosidad su inagotable saber sobre la literatura y la lengua japonesa

Yo, una novela se publicó en Japón con el título *Shishōsetsu de izquierda a derecha*. La palabra *shishōsetsu* designa a un género confesional, -la “novela del yo” o novela “de estado mental”- que tuvo un rol clave en la literatura japonesa moderna. Podría decirse que es un autorretrato pintado con palabras. Hay en Japón quienes lo consideran incluso una expresión más pura y sincera que la ficción convencional, en la que un autor piensa y habla sin la mediación de sus personajes o del narrador omnisciente, como ocurre en el *bonkaku shōsetsu*, la “novela real”.

Minae Mizumura aborda uno y otro género: a *Yo, una novela*, publicada en 1995, le siguió en 2002 *Una novela real* (que Adriana Hidalgo publicó en español en 2008). Fruto de sus consideraciones sobre las palabras y el lenguaje, en las dos novelas la autora exhibe su notable habilidad como narradora mientras explora las aspiraciones y tradiciones de sus predecesores e indaga en su propia experiencia de vida en los Estados Unidos.

En Japón *Yo, una novela* se promocionó como “la primera novela bilingüe del país” porque combina libremente

el japonés con el inglés estadounidense. Su título original anuncia que la obra rompe con la antigua tradición de las novelas japonesas: en lugar de conservar la habitual alineación vertical está escrita e impresa en sentido horizontal, de izquierda a derecha, para que los lectores no tengan necesidad de girar el libro cada vez que se encuentren con una palabra o frase en inglés.

Esta traducción al español se propone reproducir el formato y el sentido bilingüe de la obra en un contexto monolingüe. Recurre a una tipografía diferente para las palabras que aparecen en inglés en el original e inserta la grafía japonesa cuando se hace referencia a un tema específicamente japonés. Así refleja también la importancia que la autora otorga al aspecto visual de la lengua escrita.

Luisa Borovsky

—Yes.

私は答えたあと、つけ加えた。

—In Japanese.

—Ho-ho!

「Big Mac」は驚きと揶揄をこめて腹から笑った。そしてそのあともわざと笑いをかくさずに訊いた。

—Can you write Japanese? I mean, good Japanese. After all, you weren't educated in Japan, Minae.

例の食前酒のシェリーをもう二三杯はやったあとなのか、ふだんより御機嫌である。

—I know. But I've been reading Japanese all these years.

And writing letters in Japanese と続けようとしてやめた。これではかえって馬鹿馬鹿しく聞こえるにちがいない。

—Well, I suppose you can give it a try.

かれはそう応えたあと、まだからかいを含んだ声で訊いた。

—Do you know what you'd write about?

—I don't know yet.

—Your experiences in America?

—No. I think that'd be too boring.

私はまた笑われるのを覚悟で続けた。

—I do want to write like Sōseki.

—Ho-ho!

「Big Mac」は案の定また腹から笑った。私も笑った。彼は笑いやまないまま言った。

—Well, try not to mix up your Japanese with English.

—I'll try not to.

そう応えながら、ふいに私はこの期に及んで私を悩まし始めた

Sin darme cuenta estaba de pie, mirando la alta biblioteca de roble que se encontraba frente al ordenador. En el estante superior vi la colección de libros con tapas bermellón que desde hacía tiempo nadie tocaba. Me estiré para tomar uno. Lo abrí. El familiar olor a moho me invadió. Los últimos veinte años, y muchos más, estaban presentes en ese olor.

Viernes 13 de diciembre de 198X

Veinte años han pasado desde nuestro...

¿“Nuestro exilio”? *No. Suena demasiado ordinario. ¿Tal vez “el Exilio”?*

No... ¿“El Éxodo”? Sí, ¡“el Éxodo”! La palabra es “Éxodo”.

Veinte años han pasado desde el Éxodo.

¿Y si empezara con “¡Ay!”?

¡Ay! Veinte años han pasado desde el Éxodo.

Podría agregar signos de exclamación.

¡Ay! ¡Veinte años han pasado desde el Éxodo!

Tres signos de exclamación indicarían con claridad el dolor agudo que sentía.

¡Ay! ¡¡¡Veinte años han pasado desde el Éxodo!!!

No. Demasiado vulgar. Quitemos los dos signos añadidos. Borrro uno, después el otro. ¿Lo que oigo es una sirena? Sí, es una sirena. Sin duda, oigo a la distancia una sirena...

El débil sonido se acercaba, se abría paso en la oscuridad. Un sonido que acentuaba la soledad de la noche de invierno. *De algún modo parecido y sin embargo muy ajeno a la sirena que oía en la niñez.* En lugar del largo lamento de un aullido animal, un ee-oo electrónico que alternaba tonos agudos y graves. Imposible saber si se trataba de la policía o de una ambulancia. Un sonido siniestro, escalofriante.

Alguien ha muerto. Tal vez le dispararon. ¿Un estudiante? ¿De nuevo una prostituta? No. Es la nieve.

Nieve.

La ventisca era feroz. La primera nevada del invierno había empezado esa tarde y poco a poco su intensidad fue en aumento hasta que ahora, en plena noche, la nieve caía en abundancia. Todo quedaba bajo su manto.

Debe ser un accidente de tráfico.

Me puse de pie, me alejé del ordenador, fui hacia el ventanal. No había salido de casa en todo el día, tampoco el día anterior, y el que lo había precedido. No había puesto un pie afuera, no había abierto una ventana siquiera. Mi movimiento repentino hizo que el ambiente cerrado se sintiera denso, caluroso y polvoriento. La sirena se oía cada vez más cerca, pero en lugar de girar hacia mi calle siguió por la avenida principal, hacia el centro de la ciudad universitaria.

Hasta la vista. Adiós, ma belle Sirène.

Seguí junto a la ventana.

Abajo, brillantes en el aire helado, copos de nieve infinitamente pequeños bailaban alrededor del farol de la calle. El viento hacía vibrar la ventana de cristal doble.

¿Cuánta nieve había caído?

Tarō o nemurase

La nieve se amontona sobre el techo de Tarō

Tarō no yane ni yuki furitsumu

y lo adormece.

Jirō o nemurase

La nieve se amontona sobre el techo de Jirō

Jirō no yane ni yuki furitsumu

y lo adormece.

Era el único poema que él sabía recitar de memoria.

Una noche Tono se había quedado aquí, junto a esta ventana, mirando la nieve que caía, y un poco cohibido había recitado esos versos.

Y cuánto, cuánto habría deseado tener delante de mí esa escena nevada.

Nieve... nieve que cae en abundancia... y que con silenciosa intensidad forma una capa cada vez más espesa. En lugar de esos copos que revolotean al viento como la arena en el desierto, se forman ahora 牡丹雪 *-botan yuki-*, “peonías de nieve”, copos llenos de humedad que caen como pesadas flores redondas. Todavía recordaba el escalofrío que me causaban cuando chocaban con la palma de mi mano. *Al menos, eso creo. ¿Mi recuerdo es sólo la ilusión de un recuerdo?* Mientras recordaba o intentaba recordar ese escalofrío, entre los grandes copos como flores que caían silenciosos pude trazar una línea de techos de paja nevados: se elevaban a la distancia y se mezclaban con las blancas montañas lejanas, que a su vez se fundían con la blancura del cielo iluminado por la nieve.

Es posible que esta campestre escena invernal se haya perdido para siempre, tal vez sólo exista en el folklore o en los carteles turísticos de la compañía nacional de ferrocarril. Por cierto, yo misma nunca había visto algo semejante. Sin embargo, mientras imaginaba que ante mí se desplegaba ese panorama con montañas nevadas a lo lejos, la nostalgia oprimía mi pecho.

Lo que veía en ese momento, a través de un granulado velo de nieve, era el enorme edificio de ladrillos del Centro de Estudiantes Afroamericanos que se hallaba enfrente, y a su lado, el Cabaret Universitario.

Cuánta quietud... aunque es viernes por la noche.

A través de la ventana con cristal doble debían oírse la música y las risas de los estudiantes negros de todo el campus, que aplaudían y realzaban las frases del DJ con gritos roncOS –“Oh, sí”– mientras bailaban, moviendo su cuerpo al ritmo de la música con una ductilidad que pocos o tal vez ningún japonés habría sido capaz de igualar.

Cada vez que oía esos sonidos llenos de vida sentía pena por mí. *Ellos se divierten tanto y yo, aquí, tan infeliz.* Pero esa noche el Centro de Estudiantes Afroamericanos estaba tan silencioso como una ruina abandonada y las puertas del Cabaret Universitario, con sus arcos góticos, estaban cerradas.

Entre los dos edificios se abría un callejón estrecho y sinuoso donde en el verano habían matado a dos prostitutas negras. Por lo general aun en invierno las prostitutas deambulaban frente a los gastados peldaños de piedra de mi edificio y de un salto subían en algún auto que se detenía. Pero esa noche no había señal de ellas. Con ese clima, seguramente no tendrían clientes. Una de las prostitutas, notoriamente más alta que las demás, era siempre amable conmigo. De pronto advertí que no la veía desde hacía tiempo. ¿Habría sido una de las víctimas? *Pobre chica, tan amigable. Me gritaba cosas como “¡Eh, china, me gusta tu abrigo!” y yo le respondía “Gracias”... siempre tímida, por supuesto.* Como las otras prostitutas, llevaba el abrigo abierto para dejar a la vista las prendas vaporosas que tenía debajo, y unos zapatos con tacones vertiginosamente altos. En el callejón donde ocurrieron los asesinatos había algunas manchas de sangre descoloridas, pero después de esa nevada

quedarían cubiertas por capas de nieve, barro y arena hasta la primavera.

Más adelante en el callejón sucedía algo excepcional, nadie trabajaba hasta tarde en la redacción del periódico universitario. En una noche como esa no había manera de regresar a casa. No pasaban autos, nadie andaba a pie. A la distancia se distinguía un brillo nebuloso de luces fluorescentes en los edificios altos, inmóviles entre remolinos de nieve.

El eco de la sirena se desvaneció. La noche quedó totalmente en silencio.

Apoyé la cabeza en la ventana, fascinada por la nieve, hasta que perdí el sentido del tiempo y el espacio. Sólo existía la danza muda de la nevisca, sus copos brillantes como chispas glaciales, relucientes fragmentos de fuego helado.

Y entonces, a través de esos fragmentos relucientes, más allá de esas lejanas montañas nevadas que imaginaba, vi una horda de *yamambas*, viejas brujas que trotaban descalzas, haciendo cabriolas en la ventisca. Esas mujeres del folklore japonés, que vivían en las montañas, se habían levantado de su tumba para correr desenfundadas en la oscuridad de la noche.

Con la cabellera desgredada ondeando en la tempestad corrían por la cresta de la montaña y bajaban hacia el valle. Una de ellas era mi abuela, otra mi bisabuela, allí estaba mi tatarabuela. Esas mujeres del pasado, con las que tenía lazos de sangre, entonaban un animado estribillo *nagauta*.

A-ara omoshiro-o yamameguri...

Oh, qué placentero es recorrer las montañas...

“Ven con nosotras, rápido, ven”, pedían. Sus voces llegaban desde todas partes hasta mis oídos.

Todo mi ser respondió al llamado de esas mujeres del Sol Naciente. Mi sangre y la suya eran parte de un arroyo que fluía sin cesar, con asombrosa regularidad, desde hacía cientos, miles, decenas de miles de años. A través de las colinas llegaba el eco de sus pasos inaudibles. El viento rugía. *¡Sí, allá voy, abuela!* Poco después también yo corría por las cimas. El calor de mis plantas fundía la nieve, mis pies levantaban tierra negra, fértil y fragante. Entonces besé el suelo y grité: “¡Mi país amado, mi patria, he regresado!”.

No, no. Haz que suene más clásico: Entonces grité: “¡Mi país amado, mi tierra natal, he retornado a ti!”.

“Besar el suelo”, ¿de dónde venía eso? Es curioso, qué fácil es caer en el traduccionismo.

Cuando el Papa visitaba un país, su primer gesto consistía en ponerse de rodillas y besar el suelo con reverencia. No le importaba que la tierra manchara su espléndido atavío blanco. Ningún japonés haría algo semejante.

Un acto de gran humildad. Pero sólo desde el punto de vista de personas que usan una mopa con un largo cabo para limpiar el piso, a las que jamás se les ocurriría avanzar de rodillas con un trapo casero en la mano. Mis ancestros siempre miraban hacia abajo. Tenían una íntima relación con el suelo que pisaban, oponían la menor resistencia posible a la fuerza de gravedad. Para limpiar la casa, sembrar arroz o arrancar malezas mantenían la nariz cerca del piso, del suelo, de la tierra. Un día, mientras pasaba el verano en Tokio, vi mujeres que en cuclillas arrancaban las malezas. Llevaban prendas deportivas de

colores brillantes, zapatillas blancas y anticuados paños teñidos de azul en la cabeza. Si cambiaban de lugar evitaban incorporarse. Giraban sobre una pierna, se movían con la destreza de un cangrejo. En cambio, siempre veía a George –el encargado del edificio, que era negro– de pie en los peldaños de la entrada trasera, mopa en mano, erguido, sacando pecho. “¡Hola, George!”, lo saludaba, y él, agitando la mano libre, con la cara envuelta en sonrisas, me respondía “¡Hola!”. En lugar de inclinar la cabeza hacia el piso, la levantaba un poco. Sólo si un *homo erectus* como él besaba el suelo se lo consideraba un acto de gran humildad. Y sin embargo...

... y sin embargo nada de eso tiene la menor importancia, ¿verdad, Minae?

No, ninguna de esas cosas tenía importancia.

El problema siempre había sido simple: regresar o no regresar.

Había estado bebiendo Jack Daniel’s desde el momento en que empecé a tipear la entrada de hoy en el diario y era agradable sentir el cristal frío de la ventana en mi frente caldeada. Oí el rumor de la máquina que lentamente se abría paso por la calle para barrer la nieve.

Tal vez había soñado un sueño largo, demolidoramente largo. *Sí, eso debía ser. Me quedé dormida en el kotatsu de nuestra casa de Tokio. La abuela trata de despertarme: “Vamos, sé una buena niña, tienes que dormir en tu futón”. Me froto los ojos para despertar y tiendo mis brazos para que me levante...* En verdad, los días habían pasado con una contundencia cruel. Había vivido en el tiempo real, que nunca podría recuperar. *¿Qué aprendí de todos los años que viví acobardada? ¿Qué*

había aprendido de esos años irreversibles, qué habría debido aprender? Tal vez, que la relación entre tener sangre japonesa en las venas y ser japonesa era en el mejor de los casos tenue, más sutil que la hebra de una telaraña.

De modo que llevar tu sangre en mis venas, abuela, no fue suficiente para que deseara volver. Para hacer que anhelara desesperadamente el regreso. Aun así, ahora estoy a punto de regresar. Después de haber llegado a la tierra prometida voy a dejarla atrás para volver a casa, a Japón.

Mientras mi frente seguía apretada contra la ventana, el lento avance de la máquina que quitaba la nieve de la calle se volvió tan amenazante como un tanque ruidoso que atraviesa un territorio ocupado. Recordé quién era y qué hacía, regresé al gran escritorio que había sido el de Tono y miré el **ordenador** que también había sido suyo. Él me había enseñado cómo usarlo y lo había dejado como regalo de despedida. Yo me sentía orgullosa de tenerlo, de saber usarlo. Sabía con certeza que en el campus ningún estudiante de literatura tenía una máquina de última tecnología como aquella, el único objeto ultramoderno de mi apartamento. Lástima que sólo supiera inglés.

Vi lo que había escrito y agregué otra línea.

¡Ay, veinte años han pasado desde el Éxodo!

9:45 a.m. Una llamada de Nanae.

Suspiré mientras levantaba mi vaso de whisky. Lo encontré aguado, con el hielo derretido.

De nuevo ese sonido.

¿Cuál era la causa de ese ruido en el radiador?

El ruido no parecía tan fuerte durante los años en que Tono vivía aquí conmigo. Era extraño que un radiador estruendoso me recordara a mi antiguo novio, en especial porque 殿, “Tono”, como burlonamente lo llamaba, era la palabra que se utilizaba para dirigirse a un señor feudal japonés. Alto, de piel clara, Tono parecía estar al nivel de ese nombre, aunque sus orígenes poco tenían de aristocráticos. Cuando volvió a Japón tuve que recortar mis gastos para quedarme en este apartamento. A pesar del vecindario poco atractivo, era espacioso y elegante, tenía techos altos y pisos de madera. Y la calefacción nunca dejaba de funcionar en medio de la noche. Incluso en ese momento al *clang clang* en la pared le siguió el vigoroso soplo del vapor en el radiador. En realidad, en las habitaciones hacía más calor del que habría preferido. En esas noches en las que nada se movía excepto mi sombra, los sonidos del radiador dejaban en claro que estaba muy sola.

El anteojo Tono era brillante, y una persona completamente buena, honesta y escrupulosa, casi por demás. Después de conseguir un puesto en la universidad donde había estudiado en Japón me propuso matrimonio. Mientras hablaba pasaba los dedos por su cabello, como solía hacer cuando estaba nervioso. Me negué diciendo que no podía pensar en casarme hasta que completara mi siempre esquivo doctorado. El alivio inundó su cara, sus hombros encorvados se relajaron. Me alegró haber tenido la sensatez de rechazarlo.

Pero entonces... entonces de pronto me enfrenté a mi propia soledad.

Cuando Tono se marchó pensé que si hubiera sentido esa desesperada soledad nocturna, si hubiera sabido

que pasaría a solas las noches de invierno con sus tormentas de nieve, habría podido aprovecharme de sus escrúpulos o –considerando que eso sonaba horrible– habría sido mejor que lo abrazara y me casara con él. Su padre había muerto siendo joven, su madre lo había criado sola y él esperaba que viviéramos con ella. *¡Oi-vei!* Seguramente habría podido intentarlo y sobrevivir como cualquier mujer japonesa que comparte la casa con su suegra. Y en ese caso... *considerando que según decía, el suyo era un hogar tradicional donde se comía arroz glutinoso con alubias adzuki en las ocasiones festivas y se esparcía sal después de los funerales, en esta oportunidad seguramente habrían sacado el kotatsu y yo estaría bajo el acolchado abrigado y confortable. Aunque con su madre allí no podría quedarme dormida... bebería una taza de té recién preparado, tan caliente que debería soplarlo, tal vez pelaría una mandarina cobijada en la palma de mi mano. Afuera las peonías de nieve caerían serenas, copiosas y en silencio, seguirían acumulándose hasta que todo se reflejara en el resplandor brillante de la nieve.*

Mi decisión de no cometer el mismo error que mi hermana evitó que asediara a Tono. Aunque ocurrido hacía tiempo, la imagen desconsolada de Nanae cuando llegó al aeropuerto Kennedy me acechaba. Mientras nuestros padres la miraban ansiosos, Nanae dejó caer desde un hombro patéticamente delgado su equipaje de mano y lo puso en el suelo. “Aquí tienes lo que pedías”, dijo, y me entregó una caja de tarjetas ilustradas donde se leían clásicos poemas *waka*. “Seguramente ya nadie se entretiene con este juego en Año Nuevo porque no se venden en las papelerías pequeñas. Las conseguí en Takashimaya. No llevé otra cosa para leer en el avión porque pensé que estaría demasiado agotada. Por eso

la caja está abierta. Lo siento, no pude resistirlo.” Después se dirigió a nuestros padres. “Me temo que no les traje nada. Lo siento.” Tratándose de Nanae, fue una especie de disculpa sorprendentemente adecuada. ¿Ganarse primero su simpatía fue la manera inconsciente de contener la ira de Madre? Como era previsible, Madre respondió: “Está bien, no necesitamos nada, te llevaremos a casa”. Nuestros padres la acompañaron hasta el parking, uno a cada lado, como si tratara de un objeto muy frágil.

De todos modos, terminó. No tiene sentido seguir pensando en eso. Se acabó.

Después de la partida de Tono liquidé una tras otra las botellas de licor guardadas en el armario, hasta llegar al Jack Daniel’s. Desde entonces sólo compré Jack Daniel’s, tal vez porque me permitía imaginar que seguía bebiendo esa última botella y así ignoraba el paso del tiempo. Tenía una capacidad limitada para el alcohol y nunca supe distinguir la calidad de las bebidas, de modo que cualquiera me gustaba.

Con el vaso en la mano encendí la luz de la cocina. En la pila de lavar se produjo la conmoción habitual: una docena de cucarachitas pálidas trataron de escapar a la claridad imprevista. A veces, si me levantaba a beber agua durante la noche y veía cucarachas, en un repentino frenesí las rociaba con insecticida. ¿Habría causado mutaciones? En los últimos tiempos me parecía que todas las crías eran albinas. Al principio la proliferación de esas cositas blancas me causaba escalofríos pero me acostumbré a ellas. Esta vez abrí con serenidad el refrigerador, tomé de la bandeja unos cubos de hielo y los dejé caer en mi vaso. Más bien

chico, con los ángulos redondeados, el refrigerador era un modelo antiguo, reliquia de los años previos a la guerra. Le faltaba la puerta del congelador, dañada por un inquilino anterior, y tenía las paredes cubiertas por una capa de hielo tan gruesa que casi nada cabía adentro.

El tiempo transcurría con lentitud en los Estados Unidos. El propio edificio de ladrillo de cuatro pisos era un remanente de la época de la iluminación a gas. Voluntariamente embaucada por esta cápsula del tiempo había dejado que las cosas llegaran a este punto.

Regresé al **teclado**.

¿Qué haría Nanae en ese momento?

Me horrorizó pensar cuánto tiempo habíamos pasado ese día hablando por teléfono sin que lograra mi objetivo. *¿Dos horas? No, mucho más. Tal vez tres.* ¿Cómo sobrevivía ella sin esas llamadas?

Mis dedos golpetearon el **teclado**.

Nanae llamó a primera hora de la mañana para recordarme que se cumplía el vigésimo aniversario de nuestro Éxodo.

* * *

El teléfono sonó a las 9.45.

La mañana asomaba por las rendijas de la persiana cuando –con apática conciencia de que otro día había empezado– tendí la mano desde el colchón apoyado en el piso y conecté la clavija del teléfono con el enchufe de la pared. De inmediato el teléfono sonó. Me sobresalté. El miedo